MESOPOTAMIA

ENTRE RIOS ALARGA EL VERANO

Promoción irresistible:
"Viajan dos, paga uno".
aeroperu

Turismo/12

Situados en el místico Valle de Urubamba, Cuzco y Machu Picchu observan el sol desde lo alto

CAMINO AL SOL

El largo camino hacia la sagrada Machu Picchu


En medio de las nubes y casi tuteándose con el sol, el misterio de Machu Picchu.

Los incas construyeron caminos para comunicar las tierras conquistadas entre sí y con la capital del imperio, Cuzco. Donde lo necesitaban, para preservarlas del deterioro y el desmoronamiento producido por lluvias y derrumbes, adoquinaban con piedras la traza. Muchas veces, los incas construían puentes o balcones para permitir el paso por una zona inaccesible.

Hoy, al caminar sobre esos mismos senderos, el viajero que ha decidido llegar a Machu Picchu por la vía indirecta de la huella inca (y no la del ferrocarril) todavía puede sentir en el aire la presencia mística de aquella civilización desaparecida, imaginando, quizá, ser un súbdito, que, hechizado por una lejana atracción, transita subiendo por esos senderos cargados de vegetación semitropical, para llegar al santuario de sus dioses. Tras la paciente peregrinación, encontrará la ciudadela de Machu Picchu, ambiente propicio para descargar pasiones religiosas.

La soledad en Machu Picchu no existe ningún día del año. Cada mañana, cientos de extranjeros pretenden tomar por asalto este lugar. Algunos de ellos, esperando la salida del astro rey por la denominada Puerta del Sol para bajar desde lo alto a otro alto (un poco más bajo). Otros, desde la "comodidad" del ferrocarril para arribar al pie del Huayna Picchu cuando la luz es pareja, muy lejos de la magia que presenta el lugar al amanecer.

Desde 1911, el Machu Picchu está dando que hablar, pero especialmente a partir de 1913, cuando la revista *National Geographic*, de Washington, daba a conocer al mundo la existencia de aquella maravilla del pueblo inca. En los años siguientes, expediciones científicas del planeta entero, principalmente de Estados Unidos, buscaban por la región otros Machu Picchu que impactasen de igual forma que el original. Según escribió Luis Valcárcel, investigador peruano y ex director del Museo Nacional de Historia del Perú, la ciudad de Machu Picchu habría sido un *Akllawasi* (o casa de escogidas), por la cantidad de restos óseos femeninos encontrados allí. "Todavía hay otro indicio –señalaba años atrás–: fray Gaspar de Carbajal, en su historia de la expedición que descubrió el Amazonas, dice que se le anotició de la existencia de una provincia de mujeres, montaña adentro, que viven en edificios de piedra y se visten de lana fina a usanza de los cuzqueños, etcétera. Esto se relaciona con el mito de las amazonas. Vendrían a ser las vírgenes de la casa de las escogidas de Machu Picchu."

Siglos después el panorama es totalmente distinto. Señoras mayores con bastones de movilidad dispar respecto de las jóvenes amazonas destinadas en Machu Picchu descienden del tren para andar con dificultad los desniveles del complejo. Familias con chicos en andas y un negro *rasta* acompañado de una rubia de pelo largo en búsqueda de una mística especial que ni imaginan cuál puede ser.

Distintas son las teorías que salieron a la luz luego del descubrimiento científico de la ciudad sagrada de Machu Picchu. Hoy, casi cien años después de intensas investigaciones, los viajeros se acercan al coloso inca para inclinarse en la creencia por alguna de ellas.

Para los que el tiempo no se les fue en vano antes de visitar el Machu Picchu, el espectáculo que representa hacer la caminata de cuatro días por la senda pedestre es digno de narraciones y encuentros insospechados. Empezando por los porteadores que trasladan la carga del turista en su espalda por muy pocos dólares a un paso más rápido de lo normal para llegar primero que todos en una vía ya estandarizada como de mano única (para los que van en ómnibus, la caminata comienza en el km. 77 desde Cuzco –en Ollantaytambo– y para los que hacen la aproximación en tren, el recorrido a pie comienza en el km. 88 –en Qoriwayrachina). Entre dientes se escucha el idioma quechua que los nativos conservan para sus charlas íntimas, que de tanto en tanto alternan con sonrisas flanqueadas de miradas dirigidas a los nacidos en otras tierras. En el camino del inca a Machu Picchu, el sueño del pibe parece lastimosamente cumplido: por un extra, algunos chicos son llevados a *upa* por los acarreadores, afirmados al adoquín de la senda por un par de *chancletas* lisas tipo alpargatas, de esfumada suela.

La caminata hacia el Machu Picchu muestra además la fineza de la ingeniería vial de los incas. Cuando lo necesitaban, perforaban túneles que facilitaran la marcha por la montaña. Uno de ellos, entre Phuyu Pata Marka y Sayak Marka, de más de 20 metros, fue cavado en la roca viva, posee escalinatas, un asiento de piedra en su interior y para su construcción no se utilizaron herramientas de metal sino cuñas de madera y piedras de gran dureza. Cuando los incas percibían riesgo de inundación y posible formación de cárcavas, se lucían con un sistema perfecto de drenaje. Hoy está todo allí, a lo largo de esta especie de procesión de visitantes que no detiene su marcha con el paso de los años.

El tren de vuelta a Cuzco (existe también la posibilidad de hacer noche en el albergue de la villa Aguas Calientes) por el valle del río Urubamba encuentra a los más débiles con la imposibilidad de apoyar los pies en el piso del vagón por el apretuje general. Luego de caer el sol, la locomotora continúa arrastrando a los pasajeros que, a los ponchazos y con vendedoras de fritangas sobre sus caras, salen de la pausa de espiritualidad adquirida en Machu Picchu, mientras la oscuridad del cielo poco alcanza para desdibujar la silueta de las impetuosas montañas.

La otra de las hipótesis sobre Machu Picchu se relaciona con un carácter predominantemente mágico-religioso favorecido por el ambiente natural que lo rodea, entre otros motivos porque la ciudadela se halla en la cintura que une los picos (*picchus*) Viejo (Machu) y Joven (Huayna), lo que le permite gozar del doble panorama hacia la salida y la puesta de Febo, sitio privilegiado para el culto al Sol –religión de Estado para el Imperio Inca–. Y como afirmaba Valcárcel, "la entrada moderna a Machu Picchu constituye una ruptura sacrílega de su encierro. Su acceso, como se ha visto, era por la cumbre y siguiendo un camino con estaciones rituales. La posición inexpugnable de la ciudad la aislaba de todo comercio profano y la defendía de toda intromisión violatoria de su sacralidad y su misterio. Sólo sabían de su existencia las altas esferas del sacerdocio y del gobierno".

Muchas cosas sin respuestas que las lágrimas de emoción frente a Machu Picchu no logran despejar.

Agenda

La mejor época para visitar el valle de Urubamba es entre fines de marzo y noviembre, con la temporada seca. En el verano las lluvias son abundantes, lo que igualmente no impide la concurrencia a la región. Los costos de los servicios son bajos. La travesía contratada al Machu Picchu por el camino peatonal va desde los 50 dólares por cuatro días, con el porteo, carpa y comida incluida. La entrada a Machu Picchu ronda los u$s 5; igual valor para hospedajes sencillos y confortables en casonas coloniales de Cuzco. Las comidas se consiguen entre los u$s 3 y los 7. Para quienes viajan desde Lima a Cuzco, es posible conectar el tramo por avión a costos accesibles. Vía terrestre, lo más tradicional es hacerlo a través de Arequipa, desde la cual parten servicios de ferrocarril y ómnibus a Cuzco. Otra ruta posible es desde Bolivia por el lago Titicaca. Desde Buenos Aires a Lima, Aeroperú brinda vuelos regulares directos todos los días (informes en el 311-6431).

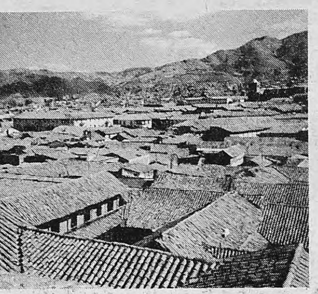
CUZCO, INCA Y COLONIAL

La capital imperial

(Por Julieta García Hamilton)

El viajero llega a Cuzco, Perú. El taxista lo deja con su mochila y sus pertenencias en la plaza principal, desde donde buscará un hotel. Antes que nada, el turista abre su guía de viaje por Sudamérica y lee: "Capital del Imperio Incaico". Mira a su alrededor. Ve edificios coloniales fastuosamente barrocos; la Catedral, los balcones de madera artísticamente tallada, la Recova. Se pregunta dónde están las construcciones incaicas que uno podría esperar encontrar en el sitio desde donde los incas manejaban su enorme y poderoso imperio, y donde estarían establecidas seguramente las autoridades políticas y administrativas.

En el siglo XVI, con la llegada de los españoles, la civilización inca sucumbió para dejar paso a otra. La ciudad de Cuzco, antigua capital del Imperio Inca y "nueva" capital del Virreinato del Perú, constituye un ejemplo de esta superposición de culturas.

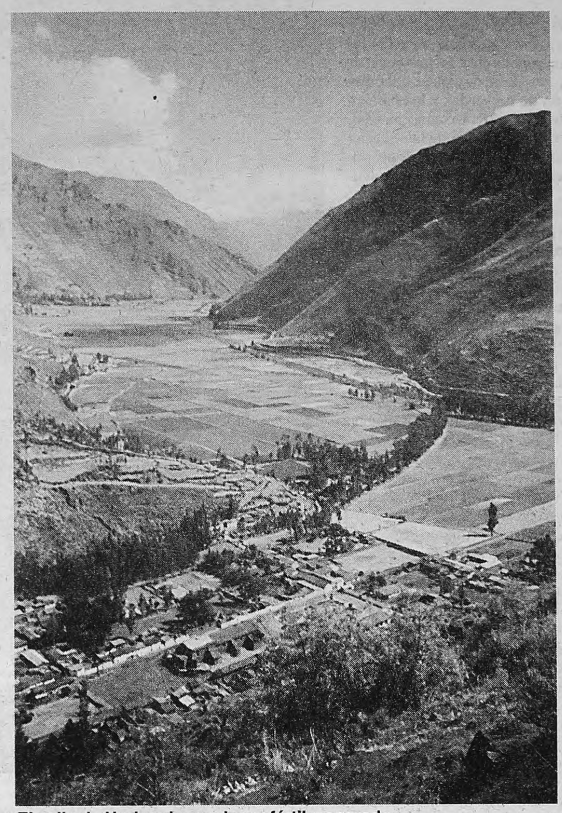


Después de todo, no sería nada raro encontrar junto a la plaza principal el palacio del Inka, el soberano. No sería desorbitado pensar en encontrar templos de piedra gigantescos, aunque más no sea reconstruidos. Sin embargo el viajero se encuentra a sí mismo en el centro de una ciudad perfectamente colonial. De la cultura inca, por el momento, ni rastros.

Lo que no sabe, porque no ha leído todavía el resto del comentario de la guía sobre esta ciudad, es que, en realidad, está parado sobre los cimientos de la antigua ciudad inca. Por ejemplo, bajo la Catedral que se yergue impetuosa como guardiana de los espíritus cristianos, yacen los restos del palacio que mandara construir el Inka Wiracocha. Todo un símbolo del traspaso de poder que se dio cuando la civilización española, representada en 1533 por el conquistador Francisco Pizarro, llegó para implantar sus propios valores. En realidad, el estilo arquitectónico barroco que predomina (o más bien domina, porque no hay hoy en todo el centro de la ciudad estilo más moderno que éste) no proviene de la época de su fundación, sino que es resultado de la reconstrucción de edificios que se llevó a cabo tras la serie de terremotos que destruyó casi totalmente la ciudad en 1650. Desde esa fecha, sin embargo, el centro de Cuzco se ha conservado casi intacto.

Ciudad inca, ciudad española

En verdad, si se quiere visitar ruinas incas que no hayan sido tapadas por la nueva civilización, no hay más que movilizarse algunos kilómetros hacia afuera de la ciudad para deslumbrarse con ellas. Pero esto no quita que la ciudad de Cuzco sea impactante en sí misma. Su plaza de armas constituye el centro de la ciudad, siguiendo el patrón hispánico de edificación. Los hoteles suelen ser caserones antiguos refaccionados, con habitaciones que dan a un patio interior, que solían pertenecer a las familias acomodadas de la zona. En esta atmósfera colonial, uno siente que está en una ciudad marrón, porque parecen predominar los tonos terracotas en las paredes, balcones y puertas. Las callecitas son angostas, sin vereda y adoquinadas. Claro que al levantar la vista hacia las montañas que rodean la ciudad todo se vuelve verde. Es más, los alrededores de la ciudad son valles muy fértiles, como es el caso del Valle Sagrado, que bordea el río Urubamba, en dirección a Machu Picchu. Ahora, si lo que se busca es un paisaje colorido, el visitante deberá tener en cuenta que es ésta una población altoandina situada a 3400 metros sobre el nivel del mar, y entonces descubrirá la verdadera riqueza de estos valles de un verde intenso contrastando con los marrones y ocres de las montañas a su alrededor.



El valle de Urubamba, un lugar fértil y sagrado.
El camino obligado para llegar a las ruinas de Machu Picchu.

Es divertido perderse subiendo y bajando callecitas en el centro de Cuzco. Si es un día lluvioso, la diversión tendrá su cuota de riesgo, por lo resbaladizo de la piedra gastada. Quizá se encuentre uno de repente en un pasadizo que consiste en una escalera que conecta una calle con otra. Se pasará también junto a una fuente con una cabeza de león o se sentará uno a descansar de las subidas y bajadas en una plaza con flores de colores situada frente a una iglesia mestiza. Desde una callecita sobre la ladera de la montaña, podrá tomar una foto de los techos de tejas color rojizo que cubren desordenadamente el paisaje hacia abajo, hasta llegar a la Plaza de Armas. Las actividades culturales posibles reflejan en buena medida la esencia diversa de esta ciudad: el visitante recorrerá las ruinas sorprendentes de aquella poderosa civilización inca y no podrá evitar la pregunta: "¿Cómo hicieron para derribar a este gigante?". Luego se dará cuenta al visitar algún museo de que las civilizaciones anteriores a la conquista inca, como la cultura Chavin o la Tiahuanaco, también otorgaron un buen aporte cultural. Más tarde admirará la suntuosidad de la Catedral y de las otras tantas iglesias erigidas por los españoles, con sus cuadros barrocos y sus costosos objetos de oro y plata, no pudiendo evitar asombrarse ante tanto esplendor. Al final del recorrido, caminará unas cuadras, observando a los nativos vendiendo desesperadamente artesanías a los turistas, verá cholas con largas polleras superpuestas, cargando a un niño en la espalda sobre su larga cabellera negra y lacia. A esta altura, sin ser un experto, ni mucho menos, el visitante ya estará en condiciones de sacar conclusiones sobre la historia no sólo de Cuzco, sino del mismo Perú.

Es innegable que esta ciudad posee un aire especial, un aire entre histórico y espiritual. Un aire en el que se percibe, aún hoy, una sórdida lucha simbólica entre lo indígena y lo europeo, donde la nueva civilización parece haber ganado formalmente la batalla, pero donde subsiste, inocultablemente, un bullidero de tradiciones y esencias muy atadas a lo americano.



Un paseo en bicicleta a través del Parque Nacional El Palmar.

A pocos kilómetros de la ciudad de Colón, un lugar ideal para disfrutar del camping.

Entre Ríos, donde el verano no se rinde

A poco de entrar a la región mesopotámica, la provincia de Entre Ríos destaca una geografía baja, cruzada por infinidad de arroyos, de mucho verde y con atractivos situados a poca distancia entre sí. Ideal para continuar disfrutando del verano.

(*Por Fernando Leiva*) El calor comienza a disminuir en la región mesopotámica. La presencia de mosquitos pasa, de a poco, a ser una picazón de recuerdos y los balnearios de la costa del Uruguay se regocijan con la cercanía de las estaciones intermedias. El otoño y la primavera son para Entre Ríos buenos aliados.

Este verano ha concluido en la provincia con la crecida discreta de los ríos, especialmente del Paraná. El fin del verano marca, en Entre Ríos, la culminación de un estilo de actividades al aire libre determinado por el perfil de vacaciones que les otorgan a los lugares entrerrianos sus propios habitantes. Vida de playa y bronceo, la importante movida de carnaval, música de alto decibel durante el día, barullo social, dan paso a un turismo más preocupado por el verde, por el esparcimiento, por las áreas reservadas.

Entre Ríos es mucho más que un sitio de tránsito hacia Uruguay. Es mucho más que una propuesta interesante por el hecho de encontrarse cerca. Es mucho más de lo que se cree.

Los pueblos de la costa del Uruguay poseen un encanto sin igual. La belleza que detenta cualquiera de las pequeñas urbes que se hallan a más de 100 kilómetros de la Capital Federal, tanto bonaerenses como del otro lado del río Paraná. Lugares que, además, se nutren de la belleza del río, con hermosos paseos costaneros y casonas que cuelgan de las barrancas, de la época en que el cauce del río era visto con respeto.

Lo son Colón, Gualeguaychú o Concepción del Uruguay. Además, del otro lado de la provincia, Paraná, su capital, es una ciudad de las más bellas que existen en toda la Argentina. Asimismo, cuenta con un lugar de características similares a las vistas en el Delta del Paraná, con casonas sobre los riachos que se desarrollan adaptadas al entorno acuático en que se asientan, en Villa Paranacito, situada en la franja sur que la divide de Buenos Aires, casi impenetrable por medios convencionales.

Gualeguaychú es el primer asentamiento de importancia que se sitúa partiendo desde Buenos Aires. Apenas 220 kilómetros son necesarios recorrer para llegar hasta allí. El centro del pueblo, fundado en 1783, está dispuesto alrededor de la plaza San Martín, a pocas cuadras del río Gualeguaychú. El Museo Haedo registra el paso de Giuseppe Garibaldi, libertador italiano al servicio del estado brasileño de Rio Grande do Sul, quien combatiera al régimen rosista a mitad del XIX, por tierra y por mar, luego torturado por decisión de Rosas en la entrerriana Gualeguaychú. A pocas cuadras de allí, cerca de la plaza Libertad, la Casa de Fray Mocho, donde naciera el legendario creador de la revista *Caras y Caretas*. De principios de siglo, aparecen la Casa de la Cultura y el Teatro Gualeguaychú, inaugurado con la obra *Aída* en 1914, ofreciendo aún hoy espectáculos teatrales, de danza y conciertos.

En las inmediaciones de la ciudad, la isla Libertad les cede su tierra a las viviendas de mayor lujo, además de las buenas playas alcanzables por lancha. A pocos kilómetros de allí, pegado a la costa del Uruguay, se extiende el Ñandubaysal, un camping agreste bien equipado y con excelente playa, aunque algo sobrepoblado los fines de semana largos.

En el otro extremo del péndulo que resulta patrimonio de Gualeguaychú, el cívico-cultural, la casona de la Azotea de Lapalma, donde funciona un museo de maquinarias agrícolas o la costanera en las últimas horas de la tarde, nos acerca el alma de la ciudad.

Si no, en cualquiera de las calles en que el trajín social de los nativos a veces se resuelve con bancos de plaza instalados frente a la fachada de las casas, en la vereda. Más al norte, la ciudad de Concepción del Uruguay alberga los restos de Justo José de Urquiza en el templo catedral, desde que fuera asesinado en 1870, muy cerca de allí, en la residencia conocida como el Palacio San José. Por varios años capital de la provincia de Entre Ríos, Concepción del Uruguay es una localidad de mucha vida cultural. Los balnearios Banco Pelay e Itapé, además del espacio de arena que brindan para solearse, reciben al caudal de acampantes.

Camino a Colón se hallan las ruinas de un viejo molino, construido a fines del XIX y que constituyó una de las obras de ingeniería hidráulica más importantes desarrolladas en el país en aquel siglo a cargo de los hermanos Maury. Yendo hacia el norte, otro molino, el Forclaz (declarado Monumento Histórico Nacional) –junto al arroyo Artálaz, a 4 km del centro– es símbolo del trabajo de los holandeses en Entre Ríos.

Colón posee cerca de veinte mil habitantes y su historia está muy asociada a la inmigración europea, especialmente en San José, que registró un importante caudal de suizo-franceses. El Museo Histórico Regional de la Fundación de la Colonia San José, situado en aquel asentamiento, es uno de los más completos de toda la provincia.

Próximos a la ciudad se hallan los edificios pertenecientes a un importante frigorífico construido a principios de siglo en la localidad de Liebig, pegada al río Uruguay y tan sólo a 7 kilómetros de Colón.

Camino hacia la tierra de los misioneros y el Yapeyú de San Martín, el Parque Nacional El Palmar es un área protegida para observar especies, la belleza de las palmeras yatay y algunos riachos como Los Loros o El Palmar, ideales para un viaje de plena vida silvestre.

